

ESCRITORES DESCONOCIDOS Y AUTORES OLVIDADOS

MULTATULI

Eduard Douwes Dekker (Multatuli), formidable y humanísimo escritor holandés, es casi completamente desconocido para los lectores de lengua castellana. Multatuli, a quien Anatole France llamó el Voltaire holandés, fué un hombre de humor, pero no un humorista; fué un escritor variado, sintético, diáfano y curioso de calidades; pero sobre todo es «él mismo», sin insinuaciones de bufón, que son desperdicios del humorismo pasivo, pestilente y libresco.

Un viento vital atraviesa todos los escritos del gran escritor. Pocos hombres del siglo XIX alcanzaron tan alta cumbre como él. Cordial y blando ante lo delicado, áspero y agrio ante lo repelente, lo mismo para lo uno que para lo otro halló la frase justa de loa o de condenación. Algunas de sus páginas, breves, sintéticas, valen más que todos los volúmenes de otros autores famosos y populares. Naturalmente, en su tiempo no fué comprendido. Raramente lo es hoy. El mayor contingente de lectores entontecidos por lecturas estúpidas, vacías, pero deslumbrantes y llenas de frases vestidas de colorines, aparta en otros países su obra con desdén y la apartará en nuestro país, sin duda con gesto despectivo. Pero nada de esto importa. Tal suerte la corren todos los hombres que ofrecen a la humanidad pensamientos valederos. El vulgo tiene para esto un instinto certero. Cuando aparta de sí, con su indiferencia, la obra de un hombre, ello es indudable: aquella obra tiene valor señalado.

Multatuli, que tanto trabajó en defensa de los que padecen injusticia, no ha sido aún, ni acaso lo será durante mucho tiempo leído por la mayoría de éstos, más entregados a las lecturas sin substancia, pero en las que creen ver, no se sabe por qué, lo que no hay, deslumbrados por los colorines de las palabras y en las cuales no existe otra cosa que colorines. Las palabras de Multatuli, en cambio, están desnudas, en toda su belleza admirable. Sencillo,—tan raro que era en su tiempo y en todos los tiempos un escritor sencillo,—mana, de cuanto hizo, caudal sin término de cosas categóricas. Pero es cierto que nada hay menos comprensible, para el vulgo, que la sencillez; éste apetece lo complicado, lo retórico, lo falso. Se siente halagado con estas formas externas y desesperadamente inferiores.

Generalmente la mayor parte de libros que tienen muchos lectores, son malos. Los libros de Multatuli, por ser buenos, han sido poco leídos. Pero la figura de autores muy leídos se va esfumando con el tiempo y la de escritores como Multatuli, en cambio se va agrandando, ¿Cuántos escritores de mediados del siglo pasado pue-

den ser leídos hoy? ¿Cuántos de ellos son todavía actuales? Muy pocos, poquísimos. Multatuli, al contrario, parece de hoy y parecerá en el futuro de aquel tiempo. Su actualidad es perenne. Dijo cosas grandes con sencillez. Escribió encendidamente contra todas las mentiras de su tiempo. Satirizó todas las cosas feas, secas, insensibles que advirtió en su contorno. Y como su mirada era escrutadora y llegaba hasta lo más íntimo y profundo, sus sátiras son sencillamente magníficas.

Como homenaje merecido por quien fué sencillo y tan cordial, publicamos, para goce de los lectores de nuestro BOLETÍN, algunos breves capítulos del único libro de Multatuli traducido al castellano: «Páginas Selectas».

Páginas Selectas

¿Por qué se sostiene el sol?

Era un mozuelo quien preguntaba.

El padre se avergonzó; como no sabía qué contestar, castigó al mozuelo en vez de castigarse él, caído en la trampa.

El mozuelo tenía miedo a la cólera del padre, y no volvió a preguntar nada: ni por qué se sostiene el sol, ni otra porción de cosas que excitan la curiosidad de los jóvenes.

El mozuelo no pasa de mozuelo a pesar de haber vivido seis mil años y más.

Sigue tan ignorante y tan estúpido.

Lección al primogénito

—Hermano mío, ¿quieres alcanzar aquella granada que asoma entre follaje y escarpelas rojas? Fíjate cómo sonríe y curiose desde el granado; parece una coqueta con la boca entreabierta; la raja que forman los labios, tiene bordes color escarlata para apetecer más. ¡Hermano, quiero la granada! Has de ponerla al alcance de mi mano, porque tienes el brazo más largo. ¡Que pueda yo llegar a comerla!

Y el primogénito se hizo con el fruto, para complacer al segundón.

* * *

Andando luego el primogénito por el campo, topó con cierta cabra montaraz que había bajado a tierra llana buscando la cria. No la encontró; en cambio, dió de patas a boca con un león.

Y dijo la cabra.

—Tengo las pezuñas abiertas, el suelo es muy duro y no conozco sendas ni atajos. Dime, ¡oh gran león! que vives aquí y sabes los caminos: ¿has visto mi cabritillo?

A lo que contestó el león.

—Déjate de andar a tontas y a locas en

busca del cabritillo. Ven acá: voy a devorarte.

Dicho y hecho; el león se tragó la cabra.

* * *

—¿Por qué te zampas la cabra?—preguntó al león el primogénito.

La fiera se dignó contestar:

—¿No has oído como la cabra se quejaba lastimosamente de la inutilidad de sus pezuñas? ¿Hice mal? Ya ves que tengo las zarpas en buen uso: las zarpas y los dientes. Deduce el motivo del hartazgo.

Mucho reflexionó el primogénito después de oír al león. Como tenía brazos largos, fuertes y musculosos, los halló tan aptos y preparados, que decidió... someter a servidumbre al hermano. Cuando pidió el menor que volviera a alcanzar fruta el primogénito, dijo éste:

—Si confiesas tu mismo que no llegas a la fruta, mira mis brazos: sírvame, o te desuello.

Desde aquel tiempo, el segundón sirve al primogénito sin que tenga aquél ningún motivo para congratularse del procedimiento que tan bien aprendió del león el hermano mayor.

Y así han ido siguiendo siempre las cosas hasta nuestros días.

Sócrates

Sócrates fué un tanto presumido y los atenienses hicieron bien en condenarle.

Encuentro leve la condena. Puesto que la muerte es fatal hasta para los que conservan inédita toda especie de bondad, me parece inicuo que un hombre consagrado al bien público fuera condenado, al fin y al cabo, a lo que están condenadas las insignificancias de todas las épocas.

Los atenienses tenían prisa: como los judíos.

Oíd lo que dice Plutarco, de Sócrates:

«En Atenas era costumbre confiar a los acusados su propia defensa, que adornaban con palabras empenchadas, procurando conmover a los jueces a fuerza de súplicas y lágrimas. Sócrates despreció tales medios.»

Ya os dije que era tonto.

«En su sencilla defensa, Sócrates invocó su propia vida, conocida de todos.»

¡Otra ingenuidad! ¿Acaso se tenía interés en saber lo que había hecho? No era esa la cuestión. Sócrates debió decir: «Soy liberal o conservador; y, siguiendo la moda del día, pertenezco en religión a la fracción ortodoxa o a la moderna». De acuerdo con ciertas circunstancias y principios, Sócrates debió sostener la tesis en boga. El error fué enorme. Plutarco tiene razón cuando afirma que la defensa de Sócrates fué sencilla. ¡Oh, sí; sencilla hasta la ingenuidad!

«La defensa no halló complacencia en los jueces de Sócrates y le condenaron a muerte.»